

Mateo Alemán: la interconexión *Guzmán de Alfarache* - *Ortografía castellana*

MICHEL CAVILLAC

Académico correspondiente de la Real Academia Española

RESUMEN: A la luz de la figura del cardenal-embajador, protagonista del *Problema* que sirve de conclusión a la *Ortografía castellana* de Mateo Alemán, el presente trabajo se propone visitar la pareja del cardenal romano y el embajador de Francia, eje narrativo e ideológico de la *Atalaya*. Con este fin, mostramos cómo las virtudes del ejemplar prelado retratado en el *Problema* no se transfieren al «buen cardenal» del *Guzmán* sino al embajador de Francia, así erigido en modelo político según los criterios del tacitismo.

Palabras clave: Alemán (Mateo), *Guzmán de Alfarache*, *Ortografía castellana*, cardenal romano, embajador de Francia, tacitismo.

ABSTRACT: This study analyses the correlation occurring between the figure of the cardinal-ambassador in the *Problema* that concludes the *Ortografía castellana* of Mateo Alemán, and the portraits of the «buen cardenal» y the «embajador de Francia», narrative and ideological axis of the *Atalaya*. In this way, we prove that the virtues and qualities of the prelate described in the *Problema* do not revive in the cardinal of the *Guzmán* but in the French ambassador, thus erected as a political model according to the criteria of tacitism.

Keywords: Alemán (Mateo), *Guzmán de Alfarache*, *Ortografía castellana*, Roman cardinal, French ambassador, tacitism.

Para cualquier lector medianamente atento no cabe duda de que los importantes episodios centrales del *Guzmán* dedicados al cardenal romano y al embajador de Francia constituyen no solo la bisagra narrativa entre ambas partes de la obra sino también el eje ideológico de la «fábula» del galeote «reformado». Lo que, por lo general, ya no resulta tan evidente es el significado de esa pareja tradicional que entronca (vale la pena mencionarlo)

con las figuras del lujurioso «Monseñor» y su compinche «el embajador de Francia», que aparecían en *La Lozana andaluza* ubicada igualmente en la licenciosa Roma renacentista.

Aunque se suele estimar (debido a su escasa circulación) que la única edición antigua (Venecia, 1528) del libro de Francisco Delicado permaneció casi desconocida en la España del Quinientos, no faltan indicios en el *Guzmán* de que Mateo Alemán pudiera acceder a dicho texto, siquiera no fuese más que a través de su primo el mercader hispano-florentino Juan Bautista del Rosso. Entre otras afinidades textuales, piénsese en la desgobernada Roma alemaniana, infestada de mendigos fingidos, y sobre todo en el suculento «paraíso de conservas» guardado como oro en paño en «la recámara» de «Su Señoría Ilustrísima»; recuérdese asimismo la nauseabunda caída de Guzmanillo «en medio de un lodazal» mientras «solicitaba [a una matrona romana] para el embajador de Francia»¹. Estos tres aspectos, por lo menos, le suenan familiares a quien frecuenta de vez en cuando la «historia» de *La Lozana andaluza*: amén de evocar el deletéreo ambiente de la Ciudad Eterna pintado por Delicado, traen a la memoria las abundantes golosinas «azucaradas» conservadas en «la guardarropa de monseñor» que «toda es llena de confición, todo venido de Valencia»; sin olvidar, por otra parte, la caída del apicarado Rampín en «una privada» que le embadurna de un vergonzoso tufo a «mierda», anécdota situada en el mismo capítulo que el cuento del «embajador de Francia con una dama corsaria»².

Como señaló en varias ocasiones el añorado Francisco Márquez Villanueva, la *Atalaya de la vida humana* tiene mucha trastienda reforma-

¹ *Guzmán de Alfarache* (1599-1604), ed. José María Micó, Madrid, Cátedra, 1987, 2 vols. (I, 439-454; II, 103, 107-109): en adelante, las referencias a esta edición irán entre paréntesis en el texto (con apellido, tomo y página). Para la reinterpretación del personaje del cardenal, véase Carroll B. Johnson, *Inside Guzmán de Alfarache*, Berkeley-Los Angeles, 1978, pp. 210-214; Francisco Márquez Villanueva, «Guzmán y el cardenal», en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, II, pp. 329-338; y mi libro, *Gueux et Marchands dans le Guzmán de Alfarache (1599-1604)*, Bordeaux, Bibliothèque de L'École des Hautes Études Hispaniques, 1983 [trad. esp. *Pícaros y Mercaderes en el "Guzmán de Alfarache"*, Universidad de Granada, La Tradición Crítica, 1994, pp. 494-524: «Un antimodelo asistencial: Roma y la caridad aristocrática del cardenal»].

² *La Lozana andaluza*, ed. Bruno Damiani, Madrid, Clás. Castalia, 1969, pp. 133 y 123-144. Nótese la presencia en el texto de la voz «atalaya» (pp. 171 y 216): sobre el empleo de tal vocablo en el siglo XVI, véase mi estudio, «*Atalayisme*» et picaresque: *la vérité proscrire*», Pessac, Presses Universitaires de Bordeaux, 2007.

dora, y el subtexto de la obra mantiene probablemente más complicidades con la literatura heterodoxa que con la *doxa* contrarreformista de la época. Una muestra de ello la hallamos en la ambigua figura del «*buen cardenal*, a quien sólo caridad movía» (Micó, I-428). Insistentemente caracterizado como «caritativo» y «tan santo varón» (Micó, I-444, 451, 452 y 460), «Monseñor Ilustrísimo Cardenal» no brilla en realidad por sus actos de caridad³: bien mirado, Guzmanillo es el único pobre (y falso por más señas) digno de captar su distraída atención. La trama narrativa invalida lo afirmado y proclamado. Una fina ironía corre soterrada a lo largo de todo ese retrato. ¡Qué diferencia con el «muy caritativo y limosnero» Arzobispo García Guerra en cuyo palacio «todos los días de sábado se daba limosna general, y las más veces la hacía por su mano»; y «mandó expresamente [...] que si acaso faltase dinero, vendiesen la plata y alhajas de su casa, sin perdonar al báculo pastoral, porque la hacienda del prelado era de pobres y no suya»!⁴ A la luz de esta comparación contrastada quisiera yo movilizar un dato, curiosamente desatendido por la crítica, que nos brinda el propio Alemán en su *Ortografía castellana* (México, 1609).

Gracias al impulso ilustrado del sabio alemanista Pedro M. Piñero y a la brillante erudición del Profesor Francisco Ramírez Santacruz, disponemos por fin de una edición moderna, fidedigna y de amena lectura, de ese tratado muy acertadamente calificado por su editor de «libro [tal vez] más querido por Mateo Alemán», que ofrece «una vasta radiografía intelectual de su autor y de su tiempo y una confesión de principios», hasta tal punto que el sevillano podría haber declarado «La *Ortografía* soy yo», según reza el oportuno epígrafe flaubertiano del estudio preliminar (p. 271). Y efectivamente este libro, a todas luces el más personal y revelador de los íntimos pensamientos del novelista, reserva no pocas sorpresas para el lector acostumbrado a interpretar el *Guzmán* con el único prisma del *San Antonio de Padua* (Sevilla, 1604), hagiografía que sirvió, en amplia medida, de aval contrarreformista a la *Atalaya* al intercalarse ejemplarmente entre las dos partes de la novela. En las antípodas de la milagrera historia del santo lisboeta, la *Ortografía castellana* que aboga por el advenimiento de «la luz del entendimiento», el triunfo del espíritu crítico y el cultivo de las «nove-

³ En el mismo capítulo, el lector se topa con la maliciosa interrogación retórica siguiente: «¿De qué sirven las palabras, donde hay obras?» (Micó, I-450).

⁴ Mateo Alemán, *Sucesos de don fray García Guerra y Oración fúnebre* [México, 1613], ed. José Rojas Garcidueñas, Academia Mexicana, 1983, pp. 65-66. Sobre ello, véase mi libro *Mateo Alemán y la Novela moderna*, Madrid, Casa de Velázquez, 2010, p. 85 (n. 32): «Un *buen cardenal* de los de antes del Concilio».

dades verdades» en contra de «tantas y tan falsas opiniones como hasta hoy nos han tenido ciegos con su engaño», es ciertamente la obra de «un militante de la razón», como hace resaltar Ramírez Santacruz en su valiosa *Introducción* (p. 279). Y huelga decir que no pocos conceptos y metáforas dispersos en la *Ortografía* destacan por sus concordancias con la azarosa trayectoria de Guzmán hacia la racionalidad. Entre otras consideraciones insoslayables descuella la advertencia –descuidada por los alemanistas– de que no se necesita «otra luz que la sola razón para subir a la cumbre deste monte» (p. 376)⁵, afirmación capital, puramente laica, que induce a descartar la trillada idea de una *conversión* milagrosa e imprevista de nuestro galeote cuando éste comienza a «ver la luz» en «la cumbre del monte de las miserias» (Micó, II-505).

Cualquiera que sea el punto de vista adoptado, la mentalidad racionalista que impregna la *Ortografía* se anticipa claramente al espíritu de la Ilustración. Mención aparte merece, desde luego, la fe en el progreso técnico e intelectual mediante el ejercicio de la razón que alienta en aquellas proféticas páginas: «Ya los años y la verdad –advierte Alemán– me dan atrevimiento a tomar la mano después de dar noticia con este libro; *el que quisiere sígame, que pocos venceremos a muchos con las armas de la razón*» (p. 418). Raras veces puestas de relieve por los exegetas del *Guzmán*, declaraciones de este tipo son infrecuentes en la España de la época. Con plena consciencia de su misión vanguardista, Alemán no titubea en considerar que forma parte de una selecta minoría pensante cuyo decidido compromiso reformador será capaz de acabar con las ignorancias y prejuicios

⁵ El subrayado es mío. La paginación entre paréntesis remite a la magnífica edición de Ramírez Santacruz (*Ortografía castellana*, en *Mateo Alemán: La obra completa*, Iberoamericana/Vervuert-Junta de Andalucía-Universidad de Sevilla, 2014, 3 vols., t. 1, pp. 267-475). Para más detalles sobre los criterios novadores del tratado, véase mi trabajo «La *Ortografía castellana*: Mateo Alemán abogado de la modernidad y profeta de la razón», en *Pícaros y Mercaderes*, pp. 75-86. El *Guzmán*, por supuesto, tampoco deja de rendir homenaje a «la razón y entendimiento», y de remarcar que «ser hombre» equivale a tener «uso de razón», por cuanto «la razón es como el maestro que, para bien corregirnos, anda siempre con el azote de la reprehensión en la mano, acusándonos lo mal que obramos» (Micó, II-228, 434 y 436). Por otra parte, sabido es que la *reforma* de Guzmán es fruto de un proceso de reflexión económica («hacer empleo [de un dinerillo] en algo que fuese aprovechado») que arranca mucho antes del monólogo en «la cumbre del monte de las miserias». Sobre esta mal denominada *conversión*, explícitamente vinculada a una inversión mercantil, véase mi artículo-reseña «Apostilla a tres ediciones recientes del *Guzmán de Alfarache*», de próxima aparición en el *Hommage à Jean-Pierre Etievre*.

de una sociedad rutinaria encastillada en «prácticas mentales anticuadas», según la atinada fórmula de Ramírez Santacruz (p. 282). Los dardos del escritor sevillano van dirigidos sobre todo contra los desidiosos biempensantes «verdugos de la virtud y perseguidores de toda ciencia» (p. 387) que «como los papagayos dicen: *Pedro*, preguntan y se responden: ¿*Cómo estás loro?*. Que verdaderamente hablan y no saben qué, pues, en replicándoles dicen: *Así lo hallé, fulano lo dice, así se usa, esto me parece*». A esos contes-tábales, tajante, el autor: «A mí no me parece, aunque así se use y lo diga zutano, que obra de sabios es no mentir en aquello que se sabe y manifestar la verdad al que no la dice» (p. 375). Bastante lejos estamos de la imagen de un Alemán tradicionalista, hondamente pesimista y abocado a la desesperanza, difundida por una cierta tradición crítica⁶.

Este talante precursor del racionalismo ilustrado llamó la atención de Gregorio Mayáns, quien, además de reproducir varios pasajes de la *Ortografía* en su *Retórica* y de encomiar la escritura de la «*Atalaya de la Vida*», pondera en diversas ocasiones los méritos de «Mateo Alemán, sevillano discretísimo» y «uno de los mejores maestros de la lengua española»⁷. Entre los pasajes reproducidos por Mayáns, es interesante observar que figura por extenso el curioso apéndice de la *Ortografía* titulado *Problema*, en el cual se nos presenta a «cierto príncipe de la Iglesia» enviado, «de parte de su santidad Pío Quinto», a la Corte de Felipe II «para tratar con su Majestad» negocios eclesiásticos. Ese prelado, tal vez identificable con «el cardenal Alessandrino que estuvo en la Corte por el otoño de 1571» (p. 442, n. 3), debió de fascinar en cierto modo a nuestro novelista que lo recuerda «entre otras muchas *grandezas* que ví en [la] corte», precisión que equivale a enaltecer de entrada al personaje. Amigo de «cortesanos de ingenio» a los que solía convidar «liberalmente» a su mesa para conversar acerca de «varias cosas, curiosidades dinas de tan grande príncipe», el legado del Papa se nos retrata aquí en tanto que juez o árbitro de un debate académico entre

⁶ Los críticos aludidos confundían con frecuencia al autor con su protagonista narrador que «escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo» (*Declaración para el entendimiento deste libro*), situación que no predisponía nada al optimismo. Algo semejante podría decirse del deprimente contexto social de los años 1592-1602, con una mortífera epidemia de peste y la consiguiente parálisis económica agravada por los tráficos financieros de los genoveses. Por otro lado, conviene no olvidar que «el pesimismo de la inteligencia» no excluye «el optimismo de la voluntad» según explicaban Romain Rolland y Antonio Gramsci. Y tal es, a mi juicio, el caso de Mateo Alemán.

⁷ Gregorio Mayáns y Siscar, *Retórica* [1757], ed. Antonio Mestre, Valencia-Oliva, 1984, t. III, pp. 492, 530, y t. V, pp. 278, 290.

«dos gallardos estadistas» invitados a disertar sobre «cuál fuese de mayor ecelencia: ¿el hablar bien con la pluma o describir con la lengua?» (pp. 443). Sin lugar a dudas, estamos en presencia de un prelado con inquietudes intelectuales y refinada cultura humanística; Monseñor, en efecto, aparece enseguida caracterizado como «tan *discreto* y *famoso letrado*, a quien movía el ánimo a la *ciencia*, codiciosísimo de saber» (pp. 443). La distancia que le separa del «buen cardenal» del *Guzmán* es abismal: de creer al narrador de la *Atalaya*, «Su Señoría Ilustrísima», pese a pertenecer al «palacio sacro» (Micó, I-423) donde se fraguaba la política de la Iglesia, manifiesta poca curiosidad ética o intelectual. Aunque, por cierto, «era humanísimo caballero» (Micó, I-453), su desmedida afición a las golosinas más exquisitas, al juego de cartas «con otros cardenales» o a «las burlas» y «risas» con sus queridos pajes, tiende a confinarle en un sibaritismo bonachón y jovial del que emana cierta impresión de senilidad⁸. Nunca, en fin, se le adjetiva de «discreto», virtud que para Gracián sería la antesala de la prudencia⁹.

El «príncipe de la Iglesia» tan admirativamente rememorado por Alemán en la *Ortografía* no se distingue en absoluto por su religiosidad: es ante todo un *embajador* de Su Santidad que, si afinamos un poco los rasgos de su presentación, tiene incluso sus ribetes laicizantes. Por lo visto, no frecuenta en la Corte a ningún eclesiástico de su rango, sino que gusta especialmente del trato de los «cortezanos de ingenio» con visos de «*estadistas*», voz que en la época no estaba exenta de implicaciones políticas afines al tacitismo¹⁰.

⁸ Impresión confirmada por su fallecimiento poco después (Micó, I-464). Para un paralelo entre «aquel santo varón» (Micó, I-460) con hábitos de *bon vivant* y el «caballero viejo de hábito militar, que por serlo comía mucha renta de la iglesia» (Micó, I-144), véase mi trabajo «La cuestión del *padre* en el *Guzmán de Alfarache*» recogido en el volumen colectivo *Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro*, eds. Eugenia Fosalba y Carlos Vaíllo, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2010, pp. 159-173. Añadiré que el perfil del *padre* «anciano y cansado» del *bastardo* Guzmán, ese «*buen* caballero» cuyo «desorden le abrió la sepultura» —«estábamos en casa cantidad de sobrinos», apunta el autobiógrafo aludiendo a los hijos ilegítimos (Micó, I-154)—, se transparenta en la imagen del «*buen* cardenal» rodeado de sus amados pajes, cual si fueran hijos suyos, «como no los tenía monseñor» (Micó, I-452).

⁹ Véase el esclarecedor *Prólogo* de Aurora Egido a su ed. del *Oráculo manual*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Institución Fernando el Católico, 2001, p. xxvii.

¹⁰ Ferviente admirador de «la *Atalaya de la vida humana*», Baltasar Gracián califica a Tácito de «gran oráculo de los políticos» y de «ídolo de estadistas», antes de especificar: «un atésta, digo un estadista» (*El Criticón*, ed. Carlos Vaíllo, Barcelona, Círculo de Lectores, Biblioteca Universal, 2000, pp. 591). Sobre el tema y el concepto de prudencia anual, tan operativo para justificar la *reforma* de Guzmán, véase Aurora

Pues bien, dista de ser irrelevante reseñar que aquellas ejemplares virtudes del legado papal puesto en escena al final de la *Ortografía*, cualidades que normalmente debieran transferirse al «buen cardenal» del *Guzmán*, pasan en cambio a adornar (a veces literalmente) la figura del embajador de Francia «con quien monseñor, que está en gloria, tuvo estrechas amistades» (Micó, I-464). El diplomático francés —explica el narrador— «como *deseaba saber* y acertar, solicitaba las habilidades de *hombres de ingenio* y honrábanlos [...]. Acostumbraba de ordinario sentar dos o tres dístos a su mesa, donde se proponían *cuestiones graves, políticas y del Estado*, principalmente aquellas que mayor cuidado le daban. Desta manera, *sin descubrirse*, recibía pareceres y disfrutaba lo más esencial dellos. Lo mismo hacía con oficiales y gente ciudadana honrada [...], y después, con su buen juicio disponía según le convenía y en pocos casos erraba. Era *muy discreto*, compuesto, *virtuoso*, gentil *estudiante* y amigo de tales. Tenía las calidades que pide semejante plaza». Verdad es que «en lo mejor de todo estaba sembrado y nacido un *pero*»: «era enamorado» (Micó, II-60), por no decir mujeriego; pero dicha debilidad, justificable por su más que probable juventud, se ve ampliamente compensada por su elegante práctica de la caridad: cuando sus convidados «eran menesterosos, dábales lo que buenamente podía y vía que les faltaba *por un modo discreto, sin que pareciese limosna*, dejándolos contentos, pagados y agradecidos». Sabido es que anticiparse a la necesidad del prójimo y socorrerle «sin que lo pida», «no como de por fuerza, ni con trompetas (Micó, I-406 y 422), constituía, según el mismo Alemán y los moralistas del siglo XVI, el verdadero mérito de la obra caritativa, aspecto este cabalmente ignorado por el purpurado del *Guzmán*, quien sólo repara en la presencia del *pobre Guzmanillo* porque éste le «pedía la voz levantada, el tono extravagante» (Micó, I-423). Por otra parte, importa mencionar que «Monseñor Ilustrísimo Cardenal» no suele invitar a su opípara mesa a «menesterosos», o meritorios «oficiales», sino a «príncipes y señores» (Micó, I-442 y 451-453)¹¹.

Egido, *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián* (Madrid, Castalia, 2000, pp. 49-115 y 162). En cuanto al prudencialismo tacitista reinante en el *Guzmán*, se recordará que, en su retrato —altamente simbólico— grabado por Pedro Perret, Alemán mira desafiante a los ojos del lector mientras con la mano izquierda sujeta con decisión un libro cerrado de «Cornelio Tácito», como si quisiera advertirnos de que ahí está la clave laicista de su filosofía. A este propósito, imprescindibles son los agudos comentarios de Pedro M. Piñero en su *Introducción* («Los retratos de Mateo Alemán») a *La obra completa* del escritor (ed. cit. t. 1, pp. XXIII-LI).

¹¹ No está de más puntualizar que frente a la única flaqueza del embajador (su excesiva pasión por las mujeres), nuestro cardenal acumula varias debilidades poco recomendables en un eclesiástico: la gula (nada menos que un *pecado capital*), el juego

Sin perder de vista –como queda apuntado más arriba– la plausible influencia de la *Lozana* en la génesis de algunos pasajes del *Guzmán*, cabe pensar que la sintética figura del prelado-embajador retratado en el *Problema* pudo asimismo inspirar su antagónico desdoblamiento en los personajes del «buen cardenal» y del «discreto embajador de Francia» que, en la *Atalaya*, conforman la divisoria entre el mundo de la niñez y el de la madurez, a la par que entre el mundo viejo y los tiempos modernos, por muy problemática que se perfile esa modernidad. No olvidemos que la redacción de ambas obras fue sin duda concomitante¹², y que el autor de la *Ortografía* cuidó de poner el foco en la relevancia del susodicho *Problema* toda vez que lo anuncia en tres ocasiones cual pieza digna del mayor interés (pp. 438, 439 y 441).

A tal luz, es fundamental subrayar de nuevo que la ejemplaridad profesional, y quizá ética, no se encarna en el cardenal del *Guzmán*. El modelo simbolizado por el prelado del *Problema* se identifica nítidamente con la persona del embajador de Francia. En la mente del novelista, estos dos amos sucesivos del pícaro funcionan, al parecer, como las dos caras de un ente bifronte o «jannual» por usar un vocablo alemaniano (Micó, II-134)¹³. Y con toda evidencia, el ideal humano y social de Mateo Alemán es el personaje *político* (en la acepción que los tacitistas daban a la palabra) del joven

de azar («terrible vicio es el juego», nos ha avisado Guzmán: Micó, I-303), y una senil ingenuidad en tanto que miembro del Sacro Colegio; sin hablar del «desbarajuste moral de su casa» y de cierta «latencia homosexual», al decir de Márquez Villanueva («Guzmán y el cardenal», pp. 332 y 335).

¹² Según se desprende de los comentarios de Alemán sobre la construcción del «artificio de Juanelo» (pp. 385), el inicio de la redacción de la *Ortografía* hubo de situarse en torno a 1590: véase mi artículo «Mateo Alemán et la Modernité», *Bulletin Hispanique*, 82 (1980), pp. 380-401.

¹³ Por lo tanto, no puedo compartir del todo la opinión de Martín Jiménez, quien relaciona la génesis de los nutridos capítulos relativos al embajador con el deseo de Alemán de «corregir» a Luján cuya *Segunda parte* reduce el episodio a unas cuantas líneas perfectamente insustanciales (Alfonso Martín Jiménez, *Guzmanes y Quijotes*, Universidad de Valladolid, 2010, pág. 116). Me inclino a pensar que a Luján se le escapó que el francés había de ser la otra vertiente del cardenal, en particular porque estos dos amos son también avatares de la dualidad paterna –«tuve dos padres» (Micó, I-57 y II-279), recalca Guzmán– encarnada en el viejo comendador (el cual se perfila detrás del cardenal) y el joven mercader «extranjero» (Micó, I-157) cuya imagen idealizada propende a superponerse a la del embajador. Sobre esta lógica fantasmática –asumida en el texto por la reiteración del término «hijo»– que aboga por la prevalencia de la modernidad mercantil sobre los rancios valores nobiliarios, véase mi ya citado estudio «La cuestión del *padre* en el *Guzmán de Alfarache*».

diplomático francés. Es más, a la hora de alejarse del palacio del embajador —quien *le exhorta a la virtud y le da su bendición* (Micó, II-141), cosa que no se le había ocurrido al cardenal—, Guzmán contempla incluso la hipótesis de viajar a Francia, país que reviste a sus ojos un encanto peculiar: «Realmente yo quisiera pasar a Francia, por las grandezas y majestad que siempre oí de aquel reino y *mucho mayores de su rey*; mas no estaban entonces las cosas de manera que pudiera ejecutar mis deseos» (Micó, II-132). Ahora bien, el «discreto lector» coetáneo de Alemán no podía menos de recordar que, a la sazón, el monarca en cuestión (enfrentado a la corona española en todos los campos de Europa) era el sagaz y ex hugonote Enrique IV, quien acababa de firmar en 1598 el Edicto de Nantes que concedía pleno derecho de ciudadanía a los protestantes. Semejante declaración suena obviamente a provocación, al igual que la referencia laudatoria, pocas líneas antes, al «incomparable único gobierno de Venecia» (Micó, II-131)¹⁴. Fuerza es reconocer que los modelos políticos acariciados por Guzmán cuadran difícilmente con la ideología imperante en la España de su tiempo.

En realidad, el embajador de Francia, hartas veces reducido por los críticos a su faceta libertina, emblematiza el surgimiento en la *Atalaya* del discurso moderno de la razón de Estado exaltada por Giovanni Botero y los reformadores españoles más avanzados, tales como Pérez de Herrera¹⁵ o González de Cellorigo. Desde esta perspectiva, no sólo se nos sugiere que el francés, pese a sus amoríos, logró representar para el narrador una versión potencial del «hombre cumplidamente perfeto» (Micó, II-60)¹⁶, sino que el balance de

¹⁴ Este homenaje a la República de Venecia, dechado de emporio mercantil para los «políticos» tacitistas, dista de ser anodino: al filo del Seiscientos, Venecia era calificada en Roma de «otra Ginebra» (Jean Delumeau, *Le catholicisme entre Luther et Voltaire*, París, P.U.F., 1979, p. 198). En la misma línea, convendría interpretar el himno al «buen gobierno, costumbres y trato general» (Micó, II-169) de la Florencia de los Médicis, que era también la patria de Maquiavelo cuyo *Príncipe* (1512) iba dedicado al «Magnífico Lorenzo de Médicis».

¹⁵ Sobre la estrecha relación existente entre Mateo Alemán y el doctor Herrera, «Protomédico de las galeras de España» y paladín de «la verdadera razón de Estado», véase mi *Introducción* a la ed. de sus *Discursos del Amparo de Pobres* [1598], Madrid, Espasa-Calpe, 1975, pp. ix-cciv: «Cristóbal Pérez de Herrera, médico, político y poeta (1556-1620)».

¹⁶ Que yo sepa, se trata de la única ocurrencia del sintagma referida a un personaje de ficción, ya que su otra aparición pertenece al proyecto del narrador: «el fin que llevo es fabricar *un hombre perfeto*» (Micó, II-127). A este respecto, como señala Darnis aduciendo a Justo Lipsio en sus *Políticas* (III-8), «más que embajador, este amo es un *espejo* para los gobernantes» (*Guzmán de Alfarache*, ed. Pierre Darnis, Madrid, Clásicos Castalia, 2015, 2 vols., II, p. 646, n. 116). En otro pasaje, queda confirmada esa *prudencia* del embajador: «tanto cuanto gustaba de hombres de ingenio, verdade-

las experiencias vividas en su compañía llega a suscitar en Guzmán el primer destello de lo que Baltasar Gracián había de llamar «la razón de estado de uno mismo»¹⁷: así es como abandona el servicio del diplomático «llevando propuesto de allí adelante *hacer libro nuevo*, lavando con virtudes las manchas que me causó el vicio [...]; ya no pensaba volver a ser el que fui, sino un fénix nuevo, renacido de aquellas cenizas viejas» (Micó, II-132 y 142). Con los capítulos en casa del embajador de Francia –último amo de Guzmán, quien en adelante actúa por su cuenta– la *Atalaya* bascula hacia nuevos horizontes cuyo punto culminante será, al final de la «poética historia», una *renovación* o *reforma* (jamás el galeote-escritor habla de una *conversión*) muy en deuda con la racionalidad tacitista, y por ende susceptible de dificultar después la gracia de «Su Majestad» por su solapada sombra de maquiavelismo¹⁸. De ahí que la conclusión del *Guzmán* a bordo de la metafórica galera de «la vida humana», sea –a diferencia de la continuación apócrifa– en extremo ambigua. Y en esta ambigüedad ético-política se trasluce un sentimiento de íntima y conflictiva culpabilidad que el gran novelista sevillano supo sublimar dotándolo de una dramática dimensión universal.

Gradignan, 26 de abril de 2021

ros y de buen proceder, aborrecía por el contrario todo género de mentiras, aun en burlas. No podía ver hipócritas ni aduladores, quería que todo trato fuera liso, sencillo y sin doblez, pareciéndole que allí estaba la verdadera ciencia» (Micó, II-82). Tal comportamiento le distingue de aquellos «poderosos» que se rodean de aduladores y «menosprecian, deshaciendo sus avisos» a los sabios que «acuden a ellos con casos de importancia» para el «gobierno de sus estados y personas» (Micó, II-59). Tampoco es baladí resaltar que si Guzmán servía al cardenal «a mercedes», su servicio al embajador ya le merece un sueldo: «le servía y generalmente me pagaba» (Micó, I-496 y II-465); pasamos del mundo aristocrático a una sociedad de espíritu burgués.

¹⁷ Para un análisis de este concepto consistente en «convertir la política *razón de estado* en una moderna y nunca vista razón de estado de uno mismo, vale decir, haber transformado la política en moral», es de consulta obligada el *Prólogo* de Aurora Egido a su ed. de *El Héroe* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001): en particular, pp. LXXIII-LXXX («*El Héroe*: una nueva razón de estado de sí mismo»).

¹⁸ En su importante estudio consagrado a *La picaresca en su centro: Guzmán de Alfarache y los orígenes de un género* (Toulouse, PUM, 2015), Pierre Darnis documenta con razón que «por lo que al pensamiento ético y político se refiere, se observa a lo largo de la obra una densa novelización de las ideas de Nicolás Maquiavelo» (p. 326). Agregaré un dato poco valorado por la crítica: la reacción del capitán de la galera, quien *exagera la bondad, inocencia y fidelidad* de Guzmán tras su denuncia de la conjura (Micó, II-521-522), invita a recordar que para el autor de *El Príncipe* «todos ven lo que pareces, pocos sienten lo que eres» (cap. XVIII).